

más entre mis compañeros. Los criados mientras tanto, preparan las canoas, y ya todo dispuesto, nos embarcamos. Las dos horas siguientes son las más agradables del día. Los barotsés acostumbrados desde su juventud á manejar el remo, tienen el pecho y las espaldas ampliamente desarrolladas, á lo menos en comparacion de los miembros inferiores. Los hombres de nuestra flotilla suelen empeñarse en grandes reyertas desde una á otra canoa, por romper la monotonía del viaje. A las once bajamos á la orilla, donde comemos un poco de carne, si sobró de la cena de la víspera, ó bizcocho con miel y agua del río; descansamos una hora y volvemos á tomar nuestra canoa, donde me acomodo bajo mi sombrilla. El calor es muy fuerte y yo estoy muy débil, desde mi acceso de fiebre, para que pueda alimentar con mi caza á la gente de mi escolta. A veces nos detenemos dos horas antes de ponerse el sol, y estamos tan fatigados, que pasamos la noche en el mismo sitio en que bajamos.

La cena se compone de café y bizcocho ó pan de sorgo ó de maíz; cuando por casualidad he podido cazar alguna pieza, se despedaza, se pone en una marmita con agua que apenas cubra la carne, y cuando el agua se evapora ya está hecho el guiso.

Los habitantes de Gonye trasladan las canoas de un punto á otro para evitar las cataratas, dejándolas descansar sobre unas cuerdas dispuestas diagonalmente y cuyos extremos fijan en sus hombros. Son un pueblo alegre, y trabajan de buena voluntad. Aquí como en todas partes, me piden una sesión de linterna mágica; y como es un buen medio de instruirlos, satisface con gusto sus deseos. También son aficionados á la danza, como todos los de esta raza, y suelen pasar las noches de luna dedicados á este ejercicio y diversion.

Las cataratas del Gonye no se han formado por represas como las del Niágara, sino que tienen la forma de una gran hendedura. Por espacio de muchas millas, baja el río por un estrecho de menos de 100 varas de latitud. El agua se precipita haciendo espuma entre sus olas que se cubren unas á otras; así es, que el nivel del río se eleva á 50 ó 60 pies, cuando hay avenida. Las islas de la parte superior están cubiertas de gran vegetación, y el paisaje visto desde las rocas que dominan la cascada, es uno de los más bellos que he podido contemplar.

Los habitantes de todas las aldeas nos acogen con la más generosa hospitalidad, regalándonos leche, harina en gran cantidad y hasta bueyes. Las vacas en este valle daban entonces más leche de la que los naturales podían consumir; y así que se nos ofrecía por todas partes manteca en abundancia. Con esto, pueden ya mis hombres untarse el cuerpo, práctica necesaria que previene la evaporación de los

fluidos y que haciendo el oficio del vestido, protege la piel contra el sol, y el fresco de la sombra.

Todos los makololos saben dar con cierta gracia. Os ruego acepteis este pedazo de pan, suelen decir regalando una vaca; y yo soy tanto más sensible á esta manera de ofrecer, cuanto que los becuanas no me tenían acostumbrado á ella. Las mujeres continúan saludándome con penetrantes gritos y abrumándome de elogios, bien que yo les aconsejé con frecuencia modificar las expresiones de *gran señor*, ó *gran león* que me prodigan. Su sinceridad es evidente y no puedo menos de agradecer la bondad con que me tratan.

Así remontamos el río en medio de las aclamaciones y votos, para la prosperidad de nuestro viaje. Ya se elevan las aguas, aunque la estación de las lluvias apenas haya comenzado; las orillas están bajas, pero cortadas bruscamente y casi siempre á pico. En tiempo de sequía, tienen de 1 metro y 20 centímetros, á 2 metros, á 40 centímetros de elevación, y dan al río por este sitio el aspecto de un canal.

Libonta, adonde arribamos el 17 noviembre, es la última ciudad de los makololos; pero allí no encontraremos ya á nuestro paso sino algunas cabañas de boyeros, luego los puestos que guardan la frontera, y en fin, la comarca desierta que se extiende hasta el Londa ó país de los Balondas. Libonta está construida sobre un dique de terraplen como todas las aldeas del valle Barotsé, y pertenece á dos de las principales viudas de Sebituané, que nos dieron una vaca y otros comestibles de diversa especie. Todos nos manifiestan la misma bondad, ofreciéndonos presentes cuantos tienen algo que dar. Cuando registro mi diario y veo la lista de las liberalidades de tan buenas gentes, me siento conmovido de profunda gratitud, y ruego á Dios me preserve para poder prestarles algún servicio en pago de tantas bondades.

Antes de salir de la región poblada para entrar en un país desierto, digamos algo acerca del modo de pasar las noches. Luego que abordamos al sitio determinado, algunos de mis hombres se ponen á segar yerba para hacerme un lecho, mientras Masauana planta mi tienda. Las estacas que la sostienen sirven de día para llevar peso al modo de los barotsés, que es igual al de los indios; solo que en este país la carga va sobre el mismo palo, en vez de suspenderse á él por medio de cuerdas. A los 4 ó 5 pies de la entrada de mi tienda, está el fuego del kotla, de cuya leña está encargado el que me sirve de intérprete. El sitio de honor está ante la puerta de la tienda, y cada cual toma el suyo, según la clase á que pertenece. Durante todo el viaje, los dos makololos se han colocado, el uno á mi derecha y el otro á mi izquierda, sea para comer, sea para dormir.

Luego que entro en la tienda Masauana hace su

cama delante de la puerta; los otros se reúnen por tribus y forman pequeños cobertizos alrededor del fuego, cuidando de dejar un espacio en forma de herradura, capaz de encerrar á nuestros bueyes. En cuanto á los cobertizos, se construyen de este modo: se clavan en tierra dos palos fuertes, que se inclinan y reciben otro horizontalmente, y se cubre luego este armazón con ramaje y yerba larga, por donde en caso de lluvia se escurra el agua. El aspecto de nuestro campamento es pintoresco, especialmente cuando la brillante luna de este cielo lo acaricia con sus rayos, á cuya bella luz se ve á los hombres reposando bajo estas rústicas chozas, y á los bueyes rumiando pacífica y mansamente.

Todo reposa con seguridad en estas noches iluminadas por la luna: las fieras no salen de sus guaridas, y el fuego puede apagarse; ningún peligro amaga á los hombres, cuyo sueño no se turba como acontece en las ciudades, donde los perros hambrientos se lanzan sobre nuestras provisiones, y roen tranquilamente las grasientas pieles con que se cubren los que duermen.

Nuestras comidas son generalmente hechas al uso del país; pero como los que nos sirven se lavan las manos siempre que van á guisar, y lo hacen todo con aseo, no son en verdad repugnantes. Los guisanderos han admitido por mi consejo ciertas modificaciones en sus recetas, y creen con esto poseer todo el arte culinario de los blancos.

También he enseñado á muchos de ellos á lavar mis camisas, lo que hacen á pesar de la poca experiencia del maestro. Las mudas frecuentes de ropa y la precaución que tomo de poner al sol mi cobertor, me son más saludables de lo que podía esperar. Tengo la certeza de que una limpieza escrupulosa impone á estos pueblos primitivos un profundo respeto á las costumbres de los blancos. Un europeo que adoptara las de los salvajes, se degradaría aun á los ojos de estos mismos.

Hemos atravesado el último establecimiento de los makololos: ya no hay pueblos de aquí adelante, pero es una comarca donde la vida animal abunda bajo todas formas: más de treinta especies de pájaros vuelan por encima del río. Centenares de ibis bajan por el Liambie, como el Nilo en el momento de la inundación; grandes pelícanos reunidos en largas filas de trescientos individuos algunas veces, suben y bajan describiendo curvas irregulares, y tan unidos que se les podría tomar por los anillos de una serpiente gigantesca; por todas partes se ven bandadas de pájaros negros que se alimentan con moluscos, y que los indígenas llaman *linongolos*, como asimismo chorlitos, becadas y garzas reales en número infinito.

Véanse grandes manadas de búfalos, seguidos de

bandadas de hermosas *ardetas* que suelen posarse en sus lomos, mientras que el kala, mejor ginete que ellas, reposa tranquilamente en la cruz de aquellos animales, aun cuando vayan corriendo.

En estas márgenes se ven además los extraños pájaros llamados pico-tigera, de cuello blanco, capa negra y pico encarnado. Sus nidos son agujeros simplemente practicados en la arena, y que no procuran ocultar, si bien los vigilan de cerca, haciendo huir á los marabús y á las cornejas que van tras de sus huevos. Cuando es un hombre el que se aproxima, cambian de táctica, y arrastran un ala y cojean como el ave fría y el avestruz. La singular disposición de su pico, cuya mandíbula inferior es mucho más corta que la superior, pone á las crías en situación más difícil que á la cigüeña de la fábula, queriendo comer en el plato liso de la zorra, por cuya razón tienen los padres que darles de comer con su propio pico, hasta que están ya en estado de no necesitar auxilio. Cuando este pájaro va nadando lleva sumergida la mandíbula inferior, que es del grueso de una plegadera fina, y así recoge todos los insectos que encuentra á su paso. Lo más extraño es observar cómo esta especie de pesca basta á su sustento, siendo casi siempre nocturna, porque ésta, como la mayor parte de las aves acuáticas, suelen hacerla de noche, cuando los peces é insectos salen á la superficie.

También se ve un gran número de espátulas, casi todas blancas, el magnífico flamenco, la grulla de Numidia con otras dos especies más, una de color azul y otra azul también, pero de cuello blanco.

El número de caimanes que encontramos es prodigioso, y son más feroces en éste que en cualquiera otro río: todos los años hacen multitud de víctimas entre los niños que cometen la imprudencia de ir á jugar á la orilla del Liambie. El caiman aturde á su presa de una coletada, y la arrastra al agua, donde muy luego la devora. Cuando está á la espera se sostiene á flor de agua con siniestra intención, y es difícil que una manada de vacas pueda pasar el Liambie sin pagar tributo al feroz monstruo. Yo no puedo ver sin estremecerme que mis compañeros salven á nado un brazo de río, desde que uno de ellos fue cogido por un caiman. El pobre hombre conservó, sin embargo, su presencia de ánimo, y pudo hundir un dardo que por casualidad llevaba consigo, en la espalda del monstruo, que al dolor hubo de soltar su presa. Entonces salió el hombre del río, trayendo en la pierna las profundas señales de las mandíbulas del reptil.

Los makololos y los barotsés no sienten ninguna antipatía hacia las personas que han sufrido este infortunio; pero no sucede así entre los bakuains y bamanguatos, que espulsan de la tribu al infeliz á quien ha mordido ó tocado con su cola el caiman. En

la orilla del Zuga he encontrado á uno de estos desgraciados, que despedido por los suyos, habia venido á acogerse entre los beyeyes: el infeliz, creyendo inspirarme á mí la misma antipatía, me ocultaba la

causa de su destierro: los bayeyes me lo dijeron, y yo pude ver en su pierna las cicatrices de las heridas que le causara el monstruo.

Cuando los bakuains pasan por casualidad junto á



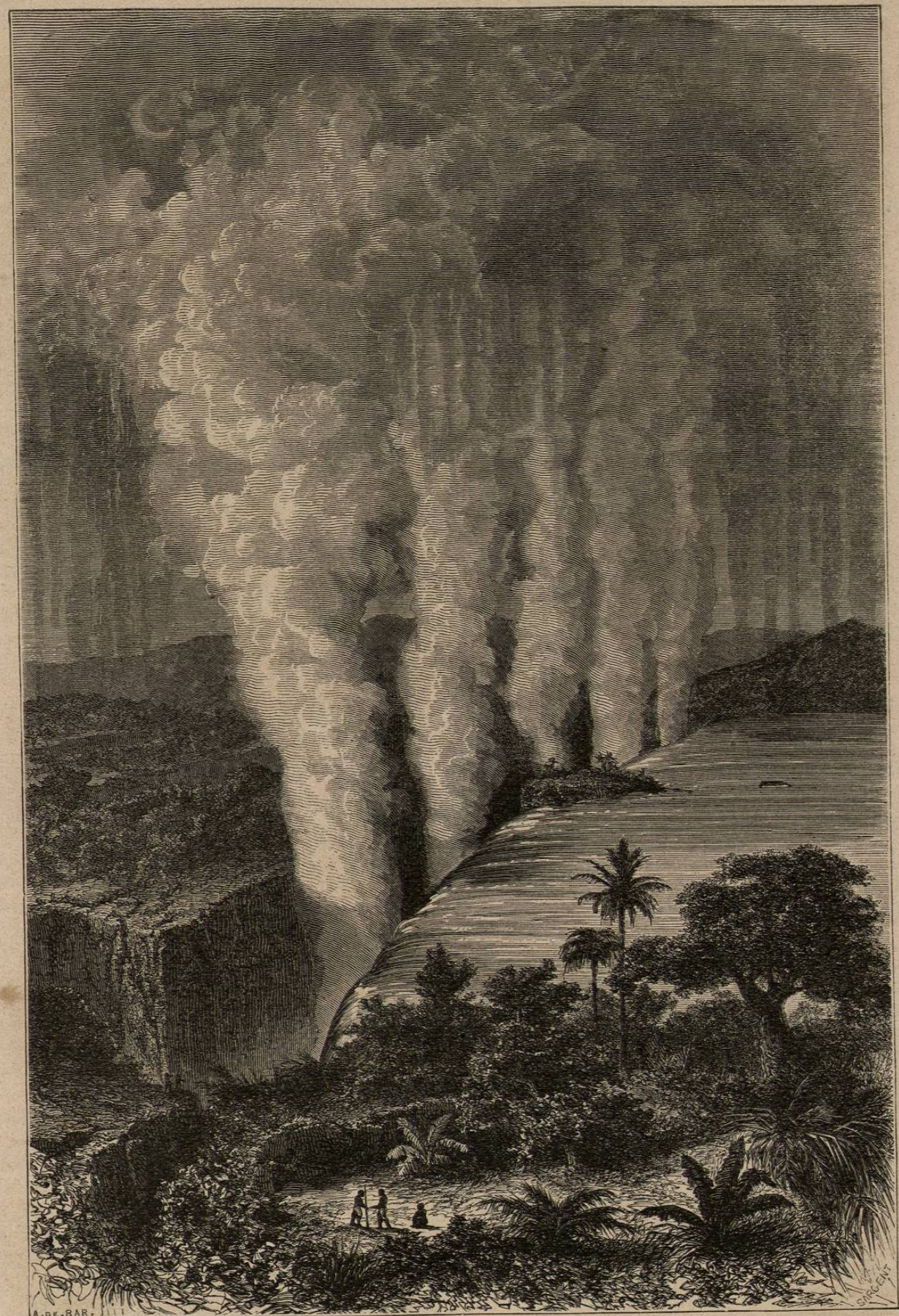
Negros del Zambese.

un caiman, escupen y avisan diciendo: *Boleo ki bo* (aquí hay pecado). Tienen el convencimiento de que los ojos se inflaman con solo mirarlo.

Estos curiosos vestigios de un culto fundado en la adoracion de los animales, no existen entre los makololos. «Todo lo que puede alimentar á los hombres compone mi sustento,» decia Sebituané; de lo que

resulta que en su tribu nadie cree que un alimento cualquiera pueda mancharle.

A las 30 ó 40 millas mas allá de Libonta, enviamos al jefe del pais una parte de los cautivos que conducíamos, lo que nos produjo alguna detencion; pero teníamos víveres en abundancia y esperamos la vuelta de nuestros hombres sin gran impaciencia.



Vista de la catarata del Zambese.

Mis compañeros que nunca habían manejado armas de fuego, hallaban sobremanera difícil sostener con una mano la escopeta, cuando se operaba la explosión y esperaban les suministrase yo la que llamaban *medicina de escopeta*, sin la cual no creían tener acierto.

Con esto les expliqué el modo de servirse de la escopeta; pero me hubieran gastado toda la pólvora, y fue menester que fuera yo mismo á la caza, obligación que me era tanto más penosa, cuanto que la fractura de mi brazo izquierdo me lo tenía casi imposibilitado. Había empezado á trabajar demasiado pronto después de la mordedura del león, y me había caído también algunas veces desde lo alto de mi buey, de lo que resultó una falsa articulación, que me precisaba para disparar á apoyar el arma en el hombro izquierdo: de este modo no siempre era cierta la puntería, sucediendo con frecuencia que cuanta más necesidad había de caza, menos acierto tenía.

En subir hasta las confluencias del Liba y del Liambie empleamos un domingo. Había llovido ya bastante y los bosques ostentaban todo su esplendor. Por todas partes se veían flores de curiosas formas y admirable belleza, que no se parecían á las que había visto en el Mediodía: de los árboles se puede decir lo mismo. Muchas de sus hojas son palmeadas y claras; sus troncos están cubiertos de líquenes, y la abundancia de helechos que hay en los bosques nos hizo conocer que nos hallábamos en el clima más húmedo del Sur, en el valle de los Barotsés. Los insectos comenzaban á hormiguear bajo las plantas, y los cantos de los pájaros resonaban en el aire así que rayaba el día; cantos sonoros y variados que admiraban por su fuerza y expresión, al saludar al Señor de todo lo criado; pero siempre menos dulce que los que arrullaron mi infancia.

Todos nos levantamos temprano para gozar del aura embalsamada de la mañana y oramos entonces; pero en medio de tantas bellezas, siento en mi alma un vacío, viendo á mis pobres compañeros formar tan chocante contraste con esta naturaleza espléndida y graciosa. Espero sin embargo el momento en que estemos todos en armonía con el eterno principio de las almas, fuente inagotable de luz y de belleza.

IV.

La ciudad y corte del rey Shinté.—Tráficos de esclavos.—Los Balondas.—Línea de división de las aguas entre los océanos Atlántico é Indico.—Establecimientos portugueses. La ciudad de Loanda.

El 16 de enero llegamos á un valle encantador que tendría milla y media de anchura. Un riachuelo serpea al Oriente por medio de este bello paraje, y en sus márgenes está situada la ciudad de Kabompo ó

sea Shinté, nombre que su cacique prefiere. Todos estos pueblos se designan por el nombre de sus jefes.

Luego que nuestro guía juzgó que el sol estaba bastante elevado para que pudiéramos hacer una entrada honrosa, nos dirigimos á la ciudad, oculta en medio de un bosquecillo de plátanos y otros árboles tropicales de vegetación exuberante. Las calles anchas y rectas contrastan completamente con las de los Becuanos, que son de las más tortuosas. Allí vimos por primera vez chozas cuadradas de techo redondo, construidas por indígenas. Las empalizadas ó más bien las paredes que forman los patios, están admirablemente alineadas y se componen de palos colocados á poca distancia entre sí, y cuyos intermedios se cubren con yerbas largas y ramaje perfectamente entrelazado.

En estos cercos hemos encontrado algunas plantaciones de tabaco, caña dulce y plátanos. Los palos ó estacas de las bardas suelen arraigar, y los árboles de la familia del *ficus indica* se extienden exteriormente alrededor, dando sombra á los habitantes que tienen por ellos una especie de veneración. Las cabras retozan por allí alrededor de las chozas, y cuando nosotros aparecimos, una multitud de negros completamente armados se precipitaron sobre nosotros, como si quisieran devorarnos. Algunos de ellos tenían escopetas, pero daban bien á conocer que eran más aptos para manejar el arco que las armas de los blancos: por fin, después de habernos reconocido á su modo, por espacio de una hora, se dispersaron.

Dos mulatos portugueses, de quienes habíamos oído hablar en el camino habían establecido su habitación en frente del sitio en que nosotros habíamos de establecer la nuestra. Uno de ellos, que era contrahecho, cosa rara en este país, vino cortésmente á hacernos una visita, que yo le devolví al día siguiente. Su corpulento compañero tenía un color enfermizo que le hacía parecer más blanco que yo, pero su cabeza estaba cubierta de ese pelo de lana que hacía imposible todo engaño. Estos mulatos poseían una porción de esclavas jóvenes que tenían encadenadas y ocupadas en limpiarles de yerbas el terreno: las habían comprado en Lobalé, de donde acababan de llegar. Venían también acompañados de cierto número de Mambaris, y en todo se notaba ese orden militar propio de los colonos portugueses, que hacen las cosas á son de tambor y trompeta. Era la primera vez que la gente de mi escolta veía esclavos encadenados. Esos no son hombres, decían de los portugueses, pues, no son hombres los que tratan así á sus hijos.

Los balondas son verdaderos negros, que tienen en la cabeza y en el cuerpo más lana que ningún café ó becuana; son en general de color muy oscuro, aunque hay alguno de tez bastante clara. Una gran parte

de los esclavos que fueron antiguamente esportados al Brasil, había nacido en esta región del continente africano; pero á pesar de la semejanza que tienen en su conjunto con el negro típico, no he podido vencerme, después de largas observaciones, de que la idea que nosotros formamos del negro tal como se presenta en los traficantes de tabaco, responde al tipo verdadero de la raza africana. Gran número de balondas tiene seguramente la parte anterior y posterior de la cabeza más desarrollada desde la frente al occipucio, la nariz aplastada, labios gruesos, el hueso del talón muy prolongado, etc., etc.; pero no pocos de ellos tienen buena cara, la cabeza bien hecha y el cuerpo bien proporcionado.

Martes 17 de enero.—Shinté nos hizo el honor de recibirnos en recepción real á las once del día. El kotla ó sitio de audiencia era un cuadro de unas 100 varas de espacio, y cerca de un extremo había dos graciosos ejemplares de una especie de plátano, á cuya sombra estaba Shinté sentado en una piel de leopardo, que cubriendo un tronco formaba el trono regio. El rey vestía un *kilt* ó sayo de bayeta encarnada con franja verde; una porción de collares de gruesas cuentas pendían de su garganta, y ajorcas de hierro y cobre adornaban sus brazos y piernas. Por corona ceñían un casco de cuentas perfectamente unidas con un penacho de plumas de ganso. A su lado había tres niños con mazos de flechas en los hombros.

Cuando entramos en el kotla, los hombres de nuestra escolta saludaron al cacique palmoteando á modo de aplausos, y el jefe de ellos hizo un cumplido homenaje frotándose el pecho y los brazos con ceniza. Después nos sentamos debajo del segundo árbol, desde donde podíamos ver perfectamente todas las ceremonias. Las diferentes secciones de la tribu avanzaron como nosotros lo habíamos hecho, y sus jefes respectivos fueron sucesivamente saludando á Shinté frotándose también con ceniza de que iban bien provistos. Luego vinieron los guerreros, que armados hasta los dientes se acercaron á nosotros con las espadas en alto, dando espantosos gritos y tomando la expresión más fiera, procurando, á mi parecer, ponernos en fuga; pero cuando vieron que no nos movíamos, volvieron la espalda y se retiraron, después de saludar al rey.

Cuando hubieron llegado todos y tomaron asiento comenzaron las extrañas cabriolas que son de costumbre en estas asambleas. Un hombre se levantó y fue tomando todas las actitudes del combate. Cuando se concluyó este simulacro, los intérpretes reales se acercaron á Shinté andando hacia atrás, y colocándose á su lado le dieron cuenta en alta voz de cuanto sabían de nosotros: le refirieron mi historia, mis relaciones con los Makololos; la emancipación de

los cautivos á quienes dimos libertad; nuestro proyecto de abrir al comercio aquel país; le hablaron también de la Biblia como palabras del cielo, y del deseo que abrigaba el hombre blanco de ver las diferentes tribus en buena inteligencia; lo que debía él desde luego enseñar á los makololos, que habían declarado la guerra á los balondas, bien que éstos no los hubieran nunca provocado. «Acaso nos engañe, añadió el orador; acaso diga la verdad. ¿Quién sabe? Pero no importa. Los balondas son buenos; Shinté no ha hecho nunca mal á nadie, y le conviene acoger en gracia al blanco antes que despedirlo malamente.»

Un centenar de mujeres ataviadas con sus más vistosas galas, estaban sentadas detrás de Shinté. Su esposa principal, originaria de la tribu de los Matabelés, estaba en primera línea, ceñida la cabeza con un curioso bonete rojo, y todas ellas entonaban un canto lúgubre al final de cada discurso. Era la primera vez que veía asistir á una reunión pública á las mujeres africanas. Esta especie de coro aplaudía también con palmoteos y sonrisas á los oradores y el rey se volvía de vez en cuando y hablaba con ellas afectuosamente.

El 26 de enero, habiéndonos dado Shinté ocho hombres para que nos ayudaran á llevar nuestros efectos, atravesamos de Sur á Norte el alegre valle que domina la ciudad, entrando luego en un bosque claro, á cuyo término está el villorrio donde pasamos la noche. A partir de aquí nuestro camino se inclinó al Oeste.

En este período de nuestro viaje encontramos algunos habitantes de Matiamvo (Muata-Yamvo) una de las ciudades más centrales del África al Sur del Ecuador. Estos hombres eran emisarios que venían á anunciar la muerte de su último cacique, cuyo título hereditario es Matiamvo (Muata, significa jefe ó señor.) Nos contaron que sucedía á veces que el cacique ya difunto se daba á correr por las calles en un raptó de furor decapitando sin distinción á cuantos encontraba á su paso. Tenía derecho de vida y muerte sobre sus vasallos, y no lo olvidó en su enfermedad. El cacique explicaba su conducta por la doctrina de Malthus, diciendo que el país estaba poblado en demasía, y que era indisputable aquella medida prudente.

En esta ocasión les pregunté si se hacían aun sacrificios humanos en Cazembé, como en la época en que Pereira visitó aquella ciudad, y supe que iban ya desapareciendo y que había sido exagerada la relación de Pereira; pero que suele acontecer que, cuando para ciertos hechizos se necesita carne humana, el cacique hace matar á un hombre para que el hechicero tome las partes que para su operación le hagan falta. El que me refirió estas cosas añadió